



LOS PRIMOS AMANTES DE AVILA.

*Nuevo y curioso romance, en el cual se declaran los amorosos lan-
ses que acaecieron à Don Francisco y Doña Isabel,
naturales de la ciudad de Avila.*

PRIMERA PARTE.

Hagase lenguas la fama,
y con armónicos ecos
à todo el mundo publique
esta historia, porque quiero
que los que à Cupido siguen
consideren los rodeos,
à que trabajos y peligros,
à que siempre están espuestos.
Como tambien que los padres,
adviertan que hay grande riesgo
en querer casar las hijas
solamente à gusto de ellos,
sin pensar que el matrimonio
es un lazo tan estrecho,
que una vez hecho, la muerte
puede solo deshacerlo,

y es acivarrar el gusto,
en contingencia poniendo
hacienda, vida y honor,
como adelante veremos.
En Avila residia
un hidalgo caballero,
à quien el cielo dió un hijo
à costa de tanto precio,
que à un tiempo se celebraron,
si del hijo el nacimiento,
de la madre las ecsequias,
pues pagó en el parto el feudo
que à la comun enemiga
estamos todos sujetos.
Viéndose viudo Don Juan,
y su hacienda por el juego

66

y amigos menoscabada,
dispuso, por ver si el cielo
queria que mejorase
de fortuna en otros reynos,,
partirse à la nueva España,
lo que egecutó bien presto,
dejando à la proteccion
de su hermano Don Aurelio
à Don Francisco su hijo
el cual con él hizo estremos
de padre mas que de tio.
Y este noble caballero
tenia una hija hermosa,
de la misma edad y tiempo
de su sobrino, y los dos
con un fraternal afecto
se criaron tan conformes,
que siendo dos los sugetos,
una voluntad tan sola
se reconocia en ellos,
Fueron creciendo en edad,
y al mismo paso creciendo
tambien en la gallardía:
y ya que llegados fueron
à la juventud florida,
lo que en sus años primeros
era fraternal cariño,
en un amoroso fuego
se convirtió, y tan activo,
que creo que à un mismo tiempo
se miraron abrasados
de una llama los dos pechos.
Se fue avivando su amor,
tanto que dos linceos hechos,
nunca se hartaban de verse,
mirándose en todo tiempo,
y cada cual declarando,
no con críticos conceptos,
ni scfísticos enigmas,
estilo en amantes puesto;

sino del honesto modo
que el familiar tratamiento
licencia les permitia.
Finalmente tan contentos
en sus amores se hallaban,
que ansias y suspiros tiernos,
requiebros, quejas, disculpas,
les servian de alimento.
En lo mejor de su amor
se hallaban, pues poco menos
de quince años tenian,
cuando el noble Don Aurelio
el dar esposo à su hija
procuraba muy atento.
Y habiendosela pedido
un alentado mancebo,
noble y muy amigo suyo,
rico, y de muy lindo ingenio,
otorgósela, juzgando
no habria los ojos puesto
en ningun hombre su hija
por su gran recogimiento:
pues de casa no salia,
aborrecia el paseo,
enfadábale el balcon,
su divertimento siendo
solo el ajedrez, pasando
en este entretenimiento
ella y su primo las tardes;
apropiadísimo juego
para dos enamorados:
no dejarian por cierto
de jugarse buenas piezas,
siendo ambos à dos tan diestros.
Llegó en fin el dia, en que
Don Aurelio descubriendo,
como tenia casada
à su hija con Don Pedro
de Ibar, Córdoba y Mendoza,
aquesta embajada oyendo

la dama, disimulando
lo que ocultaba en su pecho,
le dijo así: padre mio,
es posible que en tan tiernos
años queráis cautivarme?
Eso yo no lo consiento,
que soy muy niña y muchacha;
vuestra compañía quiero
gozar y la de mi madre,
que no es razón que tan presto
queráis que pruebe la carga
pesada del casamiento.
Con estas y otras razones
se fue escusando algun tiempo;
y viendo que no bastaban
á persuadirla los ruegos,
juzgando su amado padre,
que lo prudente y discreto
de su sobrino podría
reducirla á sus intentos,
un dia á solas le dijo:
hoy de tí valerme quiero,
para que hables á tu prima,
pues como sabes, ya tengo
contratado de casarla,
y se me está resistiendo.
De tal suerte, que si tú
con tu discrecion è ingenio
no pudieres reducirla,
hacerle fuerza es mi intento;
y así sin mas dilacion,
la has de llamar al momento,
que yo tras esta cortina
me esconderé, porque quiero
oir lo que te responda.
Notable empeño por cierto!
Viéndose en tal confusion
Don Francisco, previniendo
escusas, le respondió:
tio y señor, yo os ofrezco

el estrechar á mi prima
en lo que es del gusto vuestro,
y tan conveniente á ella;
pero sin embargo siento,
que tan poca confianza
hagais de mí á lo que veo,
pues quereis vos ser testigo.
No te detengas en eso,
su tio le respondió,
que así ha de ser sin remedio.
Llamando á Doña Isabel,
vino mas veloz que un viento,
y la recibió su primo
con aspecto tan severo,
que la pudo suspender,
y cortar los movimientos,
para que el amor no hiciese
algun desconocimiento.
Hízola que se sentase,
y con pausados acentos
la dijo: prima Isabel,
como hermanos quiso el cielo
nos criásemos los dos,
y así como hermano quiero,
si me prestas atencion,
de hermano darte consejo.
Yo sé muy bien que tu padre,
procurando tus aumentos,
te tiene elegido esposo,
que te merece en efecto;
sé tambien que te resistes,
faltándoles al respeto,
y á la obediencia debida,
que es agraviar mucho al cielo.
No es noble quien te pretende?
No es galán, rico y discreto?
Pues cuál es, dí, tu reparo,
que yo encontrarlo no puedo?
Esto sentado, Isabel,
que me des palabra espero,

por lo mucho que te estimo,
de casarte con Don Pedro,
supuesto que te merece.
Conque la dama esto oyendo,
haciendo dos mil discursos
cuanto engañados conceptos,
para vengarse del primo,
por si hacia menosprecio
de su amor, le respondió
con un semblante risueño,
ocultando la ponzoña
que le atormentaba el pecho:
porque entiendas, Don Francisco,
que darte gusto deseo,
en un todo, desde hoy mismo
Don Pedro será mi dueño.
Decir aquesto, y volver
la espalda, fue todo à un tiempo,
quedando absorto su primo:
à quien el padre contento,
mostrándose agradecido
hizo mil ofrecimientos.
Bien juzgaba Don Francisco
le daría à entender presto
à su prima aquel enigma;
mas le engañó el pensamiento,
porque ni aun hablarla pudo
de allí en adelante, y viendo
le huía las ocasiones,
perdia el entendimiento;
y mas viendo se trataba
tan aprisa el casamiento,
que dentro de quince dias,
ya estaba todo compuesto.
Y prevenidas las bodas,
un domingo dispusieron
desposarlos por la noche,
y Don Francisco advirtiendo,
acabando de comer,
que su prima en su aposento

estaba sola, subió,
y apenas le vido dentro,
quiso huir, mas la detuvo,
y con un suspiro tierno
la dijo: ay prima Isabel,
y cómo que pague has hecho
una culpa que no es mia!
y enteróla del suceso.
Allí fueron los sollozos,
las ansias y los lamentos;
y cubierta de un desmayo,
reclinada sobre el pecho
de su primo, recobraba
en él su perdido aliento.
En esto subió su madre,
y hablar mas ya no pudieron,
y el triste primo celoso,
juzgando ya de otro dueño
la prenda que mas queria,
huir quiso por no verlo:
escribió y dejó un papel
para su prima, y partiendo
à casa un amigo suyo
y en un caballo subiendo,
para Sevilla se parte.
Y Doña Isabel abriendo
el papel, viendo que dice:
à morir voy, por no veros,
mi bien, en otro poder;
sembrando su rostro bello
con las congeladas perlas
que destilaban los cielos
de sus dos hermosos ojos,
dispuso dentro en su pecho
dejar à todos burlados,
luego que su manto negro
tendiera la obscura noche.
Y en otra parte pretendo
decir como se casaron,
logrando todo su intento.

SEGUNDA PARTE.

En la cual se da fin à la peregrina historia de los dos Primos amantes de la ciudad de Avila.

Apenas el claro Apolo escondió sus rayos bellos, dando à las nocturnas sombras paso franco ese emisferio, comenzaron à juntarse en casa de Don Aurelio deudos, parientes y amigos, músicos con instrumentos, tanto galán embozado, que Doña Isabel sin riesgo, despues de haber recogido las joyas de mayor precio, y con un pañuelo envueltas, cubierta de un manto negro, como si fuera embozada, salió à la calle entre ellos. Fue à casa Don Alejandro, el amigo verdadero de su primo, el cual le dijo, que à Sevilla con intentos de embarcarse para indias, habia partido; y esto oyendo la triste dama, lo que sentia su pecho, mostraban sus bellos ojos. El hidalgo caballero la consoló compasivo, acompañarla ofreciendo hasta encontrar à su primo: un caballo ensilló luego, y en él subieron los dos, y al momento se partieron por las mas ocultas sendas.

Ahora es bien que contemplemos al fino galán sin dama, todo el festin descompuesto, la casa toda revuelta, los músicos sin concierto, el padre busca à su hija, la madre hace mil extremos, el novio se halla corrido, y suspendidos los deudos de la una y otra parte, haciendo dos mil conceptos, sin dar ninguno en le blanco. Mas apenas advirtieron que faltaba Don Francisco, todos juntos coligieron, que los dos se habian ido, y al instante previnieron despachar requisitorias à varias villas y pueblos. En esto Don Alejandro y Doña Isabel, por cerros y caminos intrincados, su viage prosiguiendo, en un pequeño lugar, cuatro leguas poco menos de la ciudad de Sevilla, de Don Francisco les dieron noticia de haber pasado por allí; lo cual oyendo, aunque era al anochecer, detenerse no quisieron, por si alcanzarle podian. Mas apenas anduvieron

poco mas de legua y media,
atravesando lo espeso
de una muy verde arboleda,
doce hombres les salieron,
cargados de todas armas,
y cercándolos, dijeron:
amigo, entregad las armas.
Y Don Alejandro viendo
que eran muchos los contrarios,
huvo de entregarlas luego.
Lleváronlos à una cueva,
do estaba el capitan de ellos,
llorando Doña Isabel
tan desgraciado suceso.
Y rendido el capitan
à su hermosura, entendiendole
obligarla, aunque los otros
despojarla pretendieron
de sus muy preciosas joyas,
él la defendió, diciendo,
no era bien que en una dama
se egecutase tal hecho,
pues bastaba el ser muger.
Una espía llegó en esto,
diciendo que las justicias
de los comarcanos pueblos
en busca de ellos venian,
y al punto todos partieron
à ecsaminar la verdad.
Animosa en este tiempo
Isabel tomó una luz,
la cueva reconociendo,
encontró un hombre dormido:
acercóse con silencio,
y advirtió que era su primo,
que suspirando entre sueños,
de su amor y su fortuna
se quejaba, asi diciendo:
ò amor! ò infelice hado!
si conjurados à un tiempo

estais contra mi, matadme,
porque se acabe muriendo
el padecer tantas penas,
y sentir tantos tormentos.
Ay Isabel, prima amada!
posible es que considero
que te gocen otros brazos,
y que de dolor no muero!
Quiso Isabel recordarle,
mas no pudo, que volviendo
los ojos, vido que ya
la quadrilla habia vuelto,
digiendo haber sido engaño
el aviso que les dieron.
Mas no fue sino verdad,
porque apenas estuvieron
segunda vez sosegados,
cuando se arrojó sobre ellos
toda la gente del Rey,
y el capitan cogió luego
à las ancas del caballo
à Isabel, y escapó huyendo.
Y el noble Don Alejandro,
en su caballo subiendo,
sin que nadie lo estorvase,
por andar todos revueltos,
le siguió; y el capitan,
al nacer el dia, viendo
que à las voces del ladron,
mucha gente iba acudiendo,
dejando caer la dama,
procuró escapar ligero,
quedando libre Isabel,
con sus joyas y dinero.
Subiela Don Alejandro
en su caballo, y contentos
à Sevilla caminaron,
donde recibidos fueron
con singular alegria
de Don Antonio Acevedo,

tió de Don Alejandro,
caballero de respeto;
y el mismo dia llevaron
seis ó siete vandoleros,
y à Don Francisco à la cárcel,
juzgando ser uno de ellos.
Lo supo Doña Isabel,
y à la cárcel partió luego,
junto con Don Alejandro,
y con el rostro cubierto
sola entró à hablarle, y le dijo:
de dónde sois buen mancebo?
Y él la respondió, aunque triste,
prudente quanto discreto:
yo soy de Avila, Señora,
de donde he venido huyendo
de un traydor que me ha robado
una joya de tal precio,
que no cabe su valor
en humano entendimiento;
y despues cerca de aquí
otros ladrones quisieron,
si aquel robarme lo mas,
ellos robarme lo menos.
Replicóle: y vos, decid,
conoceriais por cierto,
si aquí estuviera presente,
la joya que estais diciendo?
Ay de mi! (la respondió)
no os parezca que la tengo,
señora, tan olvidada,
que hago de ella tanto aprecio,
que desde aquí do me veis
parece que la estoy viendo.
Descubrióse, y abrazólo,
ò amado primo! diciendo,
aquí está, es verdad, la joya
que juzgabais de otro dueño.
En esto que entró su amigo
Don Alejandro, y al verlo,

no acertaba Don Francisco
à agradecerle tal hecho.
Procuran su libertad,
despachando al mismo tiempo
à Roma por la dispensa.
Pero aunque en breve tubieron
la libranza, otro embarazo
se les ofreció de nuevo:
y fue, que habiendo llegado
Don Aurelio con Don Pedro,
que en busca de ellos venian,
les dijeron como un preso
de Avila habia en la cárcel,
y para ella partieron;
y al ver que era su sobrino,
injuriándole soberbio,
por su hija le pregunta.
Y él le respondió modesto:
de lo que me preguntais,
daros noticia no puedo;
y de que me vine solo,
os daré testigos ciertos.
Oyendo aquesto, se parten
para el tribunal, diciendo,
no traten de libertarle,
y à fulminarle proceso
rigurosamente empiezan,
y Don Alejandro luego
buscó un hombre inteligente,
para que siguiese el pleyto,
con poderes que le dió
Don Francisco para ello.
Mientras que el pleyto corria,
retirados estuvieron
la dama y Don Alejandro,
que vino con ella; y viendo
que los gastos eran muchos,
y se acababa el dinero,
Isabel determinada,
mandó un papel à Don Pedro,

que así decía: una dama
tiene, señor, gran deseo
de hablaros, y así esta tarde
os espera en el paseo,
ácia la parte del rio.
Perdonad. Guárdeos el cielo.
Leyó Don Pedro el papel,
consulta con Don Aurelio,
y à la hora señalada
fueron al citado puesto,
y advirtiendo hacian señas
de un coche con un pañuelo,
se acercó el jóven, y al ver
quién era, quedó suspenso.
Y con despejo la dama
le dijo: señor Don Pedro,
vos de mí qué pretendéis?
cuál es, decid, vuestro intento?
Si nací para mi primo,
para qué sirven los pleytos?
mayormente que por fuerza
no hay cosa buena por cierto.
Llegóse en esto su padre,
y al verla, arrancó el acero,
procediendo contra ella:
à cuyo tiempo advirtieron,
que apeándose de un coche
un anciano caballero,
que à lo indiano iba vestido,
acercándose hácia ellos
con súbita ligereza,
y desnudando el acero,
les dijo: quiéa atrevido,
imprudente y desatento
contra las damas procede?
Mas qué miro! Don Aurelio?
hermano, tú tal accion
cometes! Lo cual oyendo
Doña Isabel, se arrojó

à su tio, y le echó al cuello
los brazos, entre sollozos,
y algunas pausas diciendo:
tio y señor, con la muerte
me amenazan, porque quiero
casarme con vuestro hijo,
que yo no quiero otro dueño.
Bien está, dijo Don Juan,
la pobreza causa esto;
ya será rico mi hijo
con ciento y veinte mil pesos
que le traigo de las indias.
Todos estaban suspensos,
y añadió: allí está mi esposa,
con una hija que el cielo
le dió en sus primeras nupcias.
Todo fue gozo y contento,
y cortejándolas todos,
à la ciudad se volvieron.
En casa de Don Antonio
aposentáron, y luego
à Don Francisco sacaron
de la cárcel, y viniendo
de Roma el breve, al instante
las bodas se dispusieron.
Y para que desayrado
no se quedase Don Pedro,
le ofrecieron à la indiana.
Y à la noble accion atentos,
que Don Alejandro hizo,
con mil reconocimientos
procuraron compensarla;
y à Avila se volvieron
todos en union cumplida,
dando mil gracias al cielo,
que los coronó de dichas.
Y ahora el perdon pidiendo,
de los dos Primos amantes,
doy fin à historia y sucesos.

F I N.

Valencia: Imprenta de la Hija de Agustin Laborda, año de 1823.